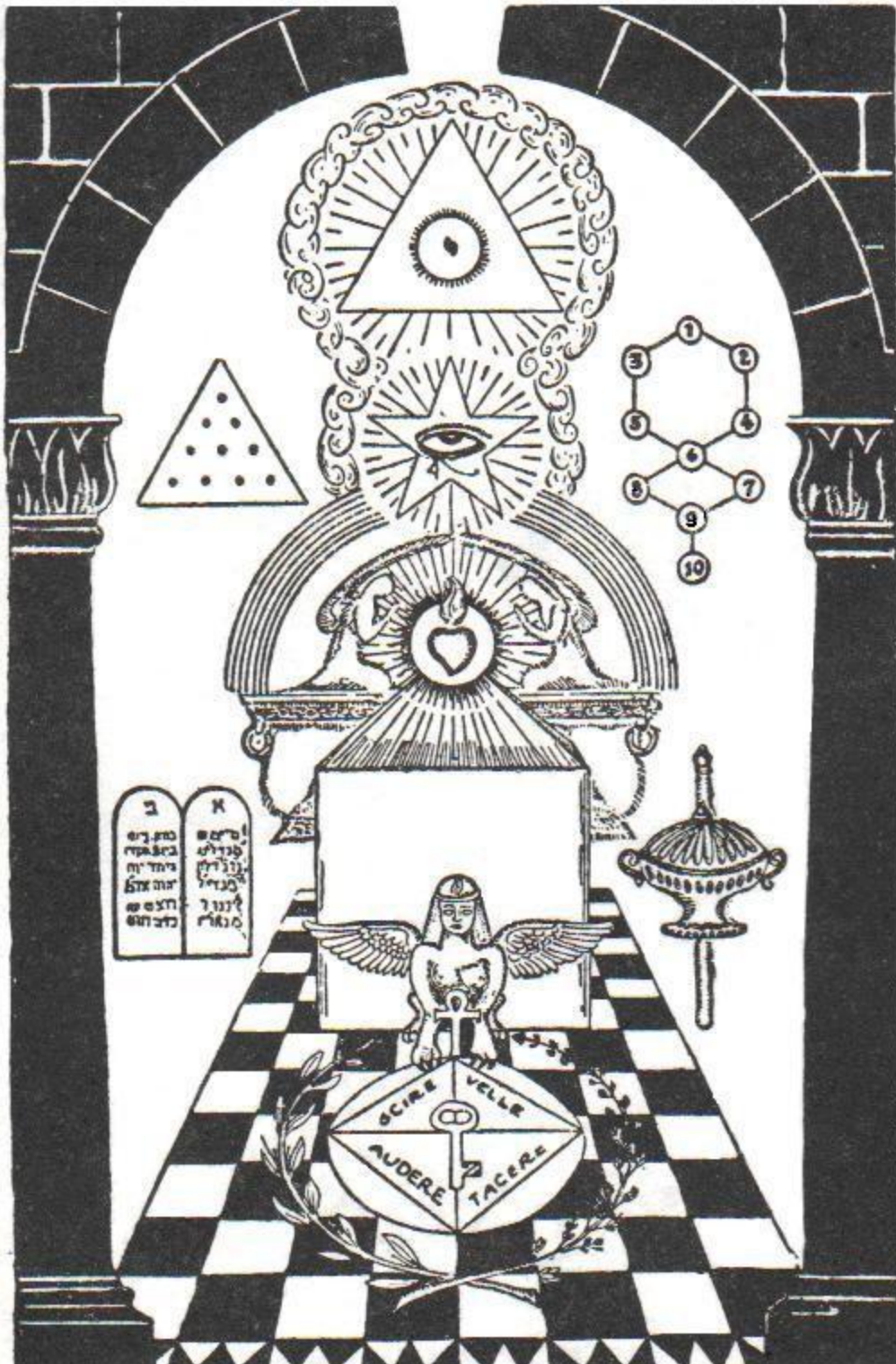


MANUAL DEL MAESTRO SECRETO



POR ALDO LAVAGNINI (MAGISTER)

CUARTO GRADO



Tercera Parte

“Ordo Ab Chao” Filosofía Iniciática para el Grado de Maestro Secreto

3

La edad del Maestro Secreto – El Huevo de Brahma, de Seb o de Tien – El punto en el círculo – Origen del falicismo – Doble significado de la serpiente – El ojo – La Unidad - El numero uno – La letra una – La línea y el círculo – El numero 10 – El triple triangulo – La Tetraktys – El árbol de los sephiroth – La caída edemica – La mística alianza – Los diez mandamientos – Otras décadas bíblicas – El candelabro de las siete luces – El arco iris y el Arca de Noe – El decimo arcano del tarot – La piedra cubica de punta, el círculo y la esfera – Las letras del alfabeto – El diezmo.

TERCERA PARTE

“ORDO AB CHAO” FILOSOFÍA INICIÁTICA PARA EL GRADO DE MAESTRO SECRETO

Es universalmente conocida la importancia que en la filosofía pitagórica dábase a los números. Y aunque sea difícil decir en lo partícula cuál fue precisamente la enseñanza de Pitágoras sobre este importante tema, sin embargo, sabemos con certidumbre que el poder de los números y sus individuales características servían de base para explicar la constitución del universo y el proceso de creación o formación.

Por esta razón, tanto en la escuela pitagórica como en la platónica, y en las que se reanudan con ellas, considerábase el estudio de las matemáticas como fundamento necesario de todo real conocimiento. Y no se puede negar que también la ciencia moderna, aunque en forma muy diferente, ha tenido que seguir el mismo camino, de manera que la base matemática del universo es un hecho indiscutible, reconocido y probado en todos los tiempos.

Ninguna otra ciencia fuera de las matemáticas puede realmente considerarse como ciencia exacta: y cuanto más nos alejamos de los principios matemáticos, tanto más lejos estaremos del dominio de la verdadera ciencia, sustituyendo ésta con el empirismo, es decir, la construcción y acumulación de hipótesis y reglas provisionales, caracterizadas por su relatividad y consecuente inestabilidad.

En lugar de ello, los principios matemáticos tienen por característica su inmutabilidad e inmanencia, en la universalidad del espacio y en la eternidad del tiempo: son los mismos y siempre podemos confiar en ellos con la plena seguridad de que, mientras los sigamos, no podemos estar equivocados bajo cualquier latitud y contingencia exterior, en cualquier época o momento que lo consideremos. No hay condición de relatividad exterior que pueda hacer, por ejemplo, que la suma de los ángulos de un triángulo sea, ni más ni menos de dos ángulos rectos.

Por consiguiente, la filosofía iniciática, como toda verdadera metafísica, no puede tener otra base que la que ofrecen los Principios Matemáticos, de los que busca la esencia profunda, el significado y el valor universal, siendo a la vez ciencia moral y ciencia exacta y absoluta del Espíritu.

Entre las siete artes liberales que tanta importancia tienen universalmente en la tradición masónica, las tres primeras, que constituyen el trívium, deben considerarse a la vez como introducción y aplicación de las que siguen formando el quadrivium: la gramática o estudio de los signos, es, por ejemplo, la introducción necesaria al conocimiento de los números y de las formas; pero únicamente cuando conozcamos éstos perfectamente, podremos comprender

realmente el significado y la potencia de todos los signos simbólicos y su aplicación operativa que es mágica realización.

Igualmente, sin la lógica es imposible entender los principios matemáticos; pero, a su vez, no es verdadera lógica la que no tenga éstos como fundamentos.

Y únicamente la lógica matemática es la que puede conducirnos al conocimiento de la Verdad y a su práctica demostración.

La misma observación debe hacerse con respecto a la retórica, que es la expresión lógica de los signos que hace efectiva la potencialidad latente del Logos: sin su conocimiento no nos sería posible formular y expresar debidamente los principios matemáticos, sacando el orden (o ciencia) del caos de la ignorancia (o conocimiento desordenado e imperfecto).

A su vez, el poder de la palabra –que es el mismo Logos o Verbo Creador- no será nunca completo y perfecto sino a condición de que en él obren las verdades conocidas y reconocidas en el quadrivium.

Por consiguiente, el trívium ha de ser constantemente la introducción y la conclusión del quadrivium en general, y de cada una de las ciencias o artes de que se compone. El septenario de éstas se resuelve prácticamente –con la doble adición anterior y posterior del trívium al quadrivium en una década y encuentra su perfecta expresión en un duodenario, que necesariamente ha de corresponder con los doce grados masónicos.

Mientras en un simple sistema de siete grados, el estudio especial de cada arte naturalmente pertenece a uno de los grados, en un sistema de doce dichos estudios debe corresponder a una sabia combinación del trívium con el quadrivium, considerándose cada uno de los cuatro elementos de éste en los tres aspectos indicados por aquél.

En cuanto a las cuatro artes y ciencias que componen el quadrivium, debemos empezar por reconocer su naturaleza puramente matemática, dado que la música puede identificarse con el álgebra y la astronomía con la mecánica, tanto cósmica como general.

Sin embargo, no hay que olvidar que toda ciencia es introducción y base teórica del arte correspondiente, o sea, que el conocimiento especulativo ha de ser principio y fundamento de una actividad y realización operativa. Por esta razón se llaman iniciáticamente artes más bien que ciencias, en cuanto su real conocimiento es un arte al igual que su aplicación. Y toda la Masonería estriba en un progresivo y gradual conocimiento siempre más perfecto, y en una igualmente siempre mejor aplicación operativa de estas artes, a las que nos inicia para que podamos dominarlas y ser sus adeptos.

LA EDAD DEL MAESTRO SECRETO

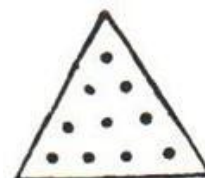
En cada grado masónico la edad representa, por medio de un número determinado, el grado de comprensión individualmente alcanzado y su extensión filosófica; simbólicamente es el fundamento aritmético de una capacidad geométrica que ha de aplicarse armónicamente en una perfecta arquitectura, de acuerdo con las leyes de la Música y de la Astronomía. Por consiguiente, la expresión aritmética de la edad de cada grado debe considerarse igualmente en sus consecuencias y aplicaciones geométricas, musicales y astronómicas.

Por ejemplo, la edad del Aprendiz se aplica geoméricamente al conocimiento de las 3 dimensiones, que ha de reconocer y labrar en cada uno de los ángulos de las piedras, para realizar la armonía del conjunto, tocando el acuerdo fundamental de los tres mundos –exterior, interior y trascendente- o sea, del Sol, de la Luna y del Mercurio individual.

Igualmente la edad del Compañero constituye geoméricamente la Estrella de 5 puntas, que es un pentacorde vibrante con notas de la inteligencia, para lograr las 6 caras de la Perfección Filosófica, que constituye el centro de la Estrella y es astronómicamente el principio de la gravitación individual.

La edad del Maestro se expresa geoméricamente como centro del doble triángulo de las seis caras del cubo y de las dos direcciones o polaridades de las tres dimensiones. Este centro es la cámara del medio en la que deben vibrar armónicamente las 7 notas o facultades activas de nuestro ser expresando astronómicamente, en los 7 planetas individuales, la inspiración de las 9 musas y de los 9 ciclos y coros angélicos.

Esto hace que las seis caras y los ocho ángulos de la piedra cúbica de eleven al novenario de la piedra cúbica de punta cuyo centro o corazón elevado representa el número 10, que es la edad del Maestro Secreto.



Este número, considerado como secreto y sagrado por los antiguos, se obtiene adjuntando al ternario primitivo su expresión septenaria.

También es de importancia capital el número 4, siendo igual a $1 + 2 + 3 + 4$; el conjunto de los cuatro números constituye la figura que se llama tetractis, la unión de la Mónada con un Binario, un ternario y un cuaternario.

Geoméricamente también llegamos a la Década por medio del centro de la Estrella dentro del cuaternario de su perfecta realización exterior –otro aspecto de la cuadratura del círculo de la existencia, que conduce naturalmente al número 10.



En el campo de la música, el número 10 expresa las notas secretas que se obtienen adjuntando y substrayendo de las fundamentales y conocidas los semitonos (sostenidos y bemoles) y las completan con un doble quinario de notas intermedias, cuyo conocimiento es necesario para realizar una perfecta armonía.

Finalmente, la edad de los Maestros Secretos es la expresión aritmética de la misma Palabra Sagrada de este grado, o sea, del Principio Creador simbolizado en la Mano Divina –una mano de diez dedos (los 10 sephirot), equivalente a las dos manos derecha e izquierda y a los dos aspectos masculino y femenino de la humanidad, que tienen necesidad de completarse el uno con el otro para alcanzar la Perfección Unitaria expresada en el número

10

por la unión del 1 con el 9, que representa el Hijo que se sienta a la derecha del Padre.

LA DÉCADA CREADORA

Hemos visto cómo los tres grados simbólicos se esfuerzan en dar, con los nueve primeros números, una adecuada contestación a las tres preguntas:

¿De dónde venimos?
¿Quiénes somos?
¿A dónde vamos?

El Maestro Secreto completa este conocimiento con el de la década, en la que se resume y tiene su origen -con el 0 y con el 1- la triple tríada de los nueve primeros. Por lo tanto, la Filosofía Iniciática del cuarto grado masónico puede sintetizarse en estos tres símbolos:

0 – 1 – 10

y los dos intermedios

⌘ ①

con los que se reconoce y se realiza el orden y la perfección que surgen y se manifiestan gradualmente en el universo y en nuestro propio mundo individual, del caos, o potencialidad latente primordial.

La unidad constituye el principio de todos los números (así como el 0 representa su negación y potencialidad latente), la letra A, el alfa o aleph, de la que se desarrollan todas las posibilidades, expresadas por las sucesivas cifras o letras del alfabeto. Y el número 10, o sea, la unión de la unidad con su principio negativo, es una nueva potencia unitaria de todas las cifras nacidas del número 1, que encierra en sí y por medio de las cuales se acerca, en la sucesión lógica de sus múltiples combinaciones, al

∞ (“infinito”)

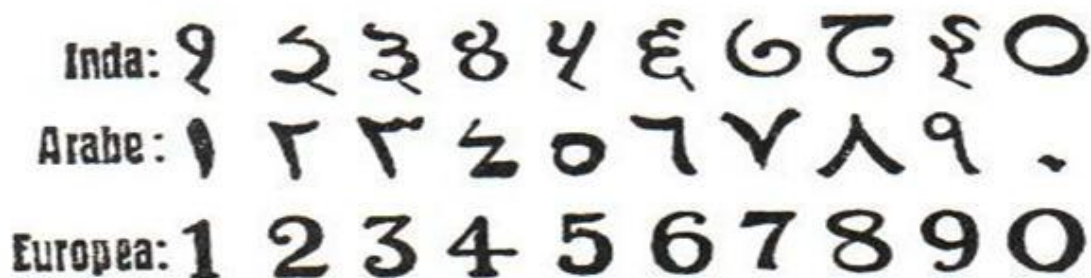
que matemáticamente se identifica con el 0, como los dos aspectos positivo y negativo de la Eternidad, o sea, la cabeza y la cola de la Gran Serpiente Divina, continuamente engullida por su propia boca voraz.



El Aprendiz se inició en la Aritmética con el estudio de la unidad; y el Maestro Secreto, que ya tiene un conocimiento sumario del significado iniciático de los nueve primeros números, debe empezar nuevamente este estudio con el 0, símbolo del caos amorfo y de Saturno o Cronos, la Divinidad Latente, Fuente Negativa de toda existencia o actividad, y que

continuamente devora a sus hijos o creaciones.

Es característico notar a este propósito que las dos palabras cero y cifra tienen la misma etimología, derivando del semítico sefer, que tiene el primer sentido en la lengua árabe y el segundo en la hebrea. Las cifras arábigas nos vinieron, pues, del Oriente, de los árabes que a su vez las aportaron de la India. No será inútil dar aquí las anotaciones de las mismas, precisamente en estas tres formas:



Volviendo a nuestro estudio, el círculo vacío que representa el cero, o sea, al mismo tiempo la negación y el potencial latente que aumenta y multiplica al infinito el valor simple de las demás cifras, es la imagen natural de aquel principio primordial e indistinto de todo lo que es inefable e indefinible, pues cuanto digamos de él como atribución de cualidades, deben considerarse al mismo tiempo como ausencia y valor infinito de toda cualidad.

Por consiguiente, aritméticamente el 0 y el 1 lo representan por igual; algebraicamente se identifica el +1 con el -1. Geométricamente -o sea, en términos de espacio- es al mismo tiempo el punto sin dimensión y la totalidad del espacio que todo lo engendra. Desde el punto de vista de la mecánica, se identifican en él como una sola cosa, la quietud absoluta y el movimiento en infinita rapidez. Astronómicamente es el Sol oscuro central cuya Luz Infinita - origen, manantial y destino de toda irradiación o manifestación de Luz y de Vida- es, al mismo tiempo, infinita tiniebla.

Todas las escrituras antiguas nos hablan de este Principio o Causalidad Latente de todo, en términos más o menos simbólicos, enigmáticos y

misteriosos.

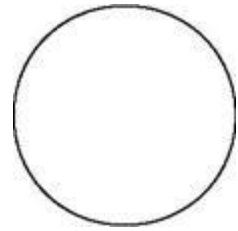
Ni sería posible expresar de otra manera el Absoluto Inmanifiesto, que es al mismo tiempo Esencia, Raíz, Causalidad y Actualidad de toda manifestación.

La Biblia -que es, en su primer libro o sepher, el resumen y la transcripción simbólica de más antiguas tradiciones cosmogónicas- nos dice que:

“En Principio creó Dios los cielos y la tierra.

Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas”.

Esto quiere decir que el cielo y la tierra -las dos polaridades (interior y exterior) de toda manifestación- fueron primero creados, en principio, como potencialidad latente inmanifiesta o caos primordial, según lo explica el segundo versículo. En el símbolo del círculo u O primordial, el cielo representa la superficie (extensión exterior) y la tierra la circunferencia (delimitación o expresión exterior) como potencialidades latentes de una misma unidad manifiesta.



El círculo está desordenado por el hecho de hallarse vacío de toda forma ordenada y definida; por la misma razón el potencial latente que se haya comprendido en el mismo es infinita tiniebla y pudiera representarse por un punto sin el círculo -punto idéntico al infinito o abismo de toda cosa. En este abismo se mueve el espíritu o respiración de Dios con movimiento infinito y latente que es, como hemos dicho, absoluta quietud.

Más explícita la primera Estancia del Libro de Dzyan, se expresa en esta forma:

“La oscuridad sola llenaba el Todo Ilimitado... Nada existía... No había tiempo porque yacía durmiente en el Seno Infinito de la Duración... El Visible que fue y el Invisible que es descansaban en el Eterno No-Ser, el Ser Único, sólo la Forma Una de Existencia se extendía, ilimitada, infinita, incausada, en el sueño sin sueños, y la Vida latía inconsciente en el Espacio Universal...”

Sin embargo, tampoco este espacio, como el tiempo, existía, por no haber lugar y hallarse el Todo inmerso en sí mismo, es decir, en su potencialidad latente, todavía inmanifiesta como espacio o contingencia.

La dificultad de expresar la nada, que es el Todo latente y omnipotente, hace que no se pueda encontrar una forma más satisfactoria.

EL HUEVO DE BRAHMA, DE SEB O DE TIEN

Se hace, pues, necesario para las inteligencias ordinarias, expresar este símbolo de una manera más concreta, palpable y evidente. Así es que el Huevo Primordial se encuentra como principio simbólico -equivalente al O y al



Serpiente divinizada hindú

círculo- en casi todas las antiguas cosmogonías y, de la misma manera que el 0 y el círculo (que lo representan gráficamente), expresa con claridad el potencial latente inmanifiesto de la Vida Universal y de toda manifestación.

Una antigua escritura india nos habla de este huevo en los términos siguientes: Brahma, el auto existente, “deseando producir varias criaturas de su propio cuerpo, primero, con un pensamiento, creó las aguas y depositó en ellas una simiente. Esta simiente se convirtió en un huevo de oro, resplandeciente como el sol, en el cual él mismo nació como Brahma, el progenitor de todos los mundos”.

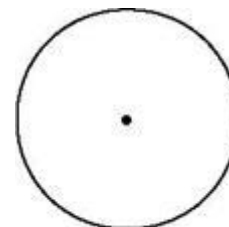
Por esta razón Brahma se llama Kalahansa, el “Cisne del Tiempo”, que deposita el huevo o principio latente de toda creación, de cuyo 0 nacen todas las cifras o sephirot. Los egipcios igualmente decían en sus rituales que Seb, el Dios del Tiempo, puso un “Huevo concebido en la hora del Gran Ser de la Doble Fuerza”. Los chinos creen que el primer hombre nació de un Huevo que Tien hizo caer del cielo a la tierra, en las aguas. Y en los Misterios de los griegos, el Huevo Órfico se consideraba y explicaba como símbolo representativo del origen del universo, el mismo huevo pascual del mundo cristiano debe considerarse como residuo y transmisión de esta antigua simbología.

Se relaciona estrechamente con el Huevo el símbolo de la Serpiente, igualmente entendida como Principio del Tiempo y Potencialidad Inmanifiesta y Creadora del Universo. Y esta relación tiene un doble origen en el símbolo de la Serpiente que se muerde la cola –describiendo y representando el cielo del tiempo perpetuamente emanado y devorado por la Eternidad- y en el hecho de que la misma serpiente es animal ovíparo. La Serpiente se identifica así con la Divinidad Inmanente que se expresa en el Cisne del Tiempo, poniendo el Huevo Áureo “en el Principio” de la Creación.

EL PUNTO EN EL CÍRCULO

La Serpiente bíblica nos presenta otra imagen del mismo Dios creador o Fuerza Creativa que empieza su manifestación desde el estado de potencial latente.

Con el símbolo de la Serpiente entendida como Fuerza Creadora –y por ende, capacidad reproductiva en el hombre- pasamos del círculo o cero primordial al símbolo del círculo con el punto, que corresponde al huevo con el germen central de la vida y al principio de la creación en el que se manifiestan sus potencialidades latentes. Esto es el primer día de la misma, representado como creación de la luz, o sea, del principio activo de expansión consciente, anterior a la creación del espacio y del tiempo.



La luz, que se halla en estado potencial –por no existir todavía el espacio y el tiempo en los que se manifiesta su irradiación- es, por lo tanto, el centro del círculo e, iluminándolo con su expansión hará del mismo el espacio en que se verifica la creación o se manifiesta su Poder Creador. Es, pues, el árbol o Círculo Creativo, Formado por la misma Serpiente –reflejo exterior del Punto.



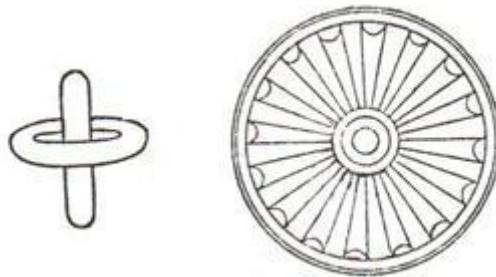
La luz, como principio de conciencia, es también el árbol del bien y del mal, y las manifestaciones inteligentes de este Principio –Adán y Eva- son así Causas Creadoras del Bien y del Mal, según se acercan y se establecen en el centro, o bien en la periferia de la creatividad.



Como se ve, el simbolismo de los primeros capítulos del Génesis es algo cuya profundidad únicamente puede entender el Maestro Secreto, con el conocimiento perfecto de la Década o Yod primordial, que sólo puede facilitarle la Llave para entenderlo, en unión con la espada filosófica de la penetración y del discernimiento.

ORIGEN DEL FALICISMO

El círculo con el punto, emblema astrológico y hermético del sol y del Principio de la Vida, de la Luz y de la Conciencia, representación del huevo con el germen, o sea, del centro o Principio Vital y Consciente de todo universo y de toda manifestación individual, es también un símbolo fálico en cuanto representa horizontalmente –así como la cruz los expresa en su perfil vertical- la unión de los dos Principios Masculino y Femenino, o sea, el principio activo de irradiación y penetración (el centro del círculo y el poder activo de la serpiente), y el principio pasivo de recepción y absorción (el espacio del círculo que recibe y absorbe a la vez la irradiación central y su reflejo periférico).



Antiguo símbolo ario del Sol Materialmente, el punto en el círculo es una acción gráfica del lingam yoni (la representación del órgano masculino en el femenino), así como de los emblemas equivalentes, especie de altares o templos circulares primitivos que se encuentran aún actualmente en varias partes de Europa.

Este culto (originariamente sagrado como todo culto, cuya finalidad es constantemente elevadora) de los dos Principios o aspectos de la Divinidad Creadora –el Padre y la Madre del Universo, el Sol y la Luna, o sea, la luz vital y el espacio destinado a contenerla y expresarla- degeneró más de una vez (por la incomprensión de los hombres que tomaron el símbolo exterior y material por la realidad interior y espiritual), en un culto de los órganos de la generación y en orgías degradantes por la prostitución de energías y poderes destinados a reproducir la especie y elevar al individuo, y no hacer del mismo el esclavo del Vicio y de la Ilusión que conducen a la degeneración.

DOBLE SIGNIFICADO DE LA SERPIENTE

Esto es también el origen del doble significado de la Serpiente que, mientras por un lado representa a la propia Divinidad –ya sea como Principio o como Dios Creador, Logos o Demiurgo, con sus atributos de Omnisciencia, Omnipresencia

y Omnipotencia- por el otro, indica al Genio del Mal o Poder de la Ilusión, que conduce a la perversión de los poderes y habilidades del hombre.

Este poder de la serpiente se encuentra, pues, en cada hombre, en cada ser individualizado, como aspecto particular, rayo o manifestación del Divino Poder que constituye el Principio Operativo de la creación, siendo la Fuerza Creadora Individual que se manifiesta orgánicamente como capacidad reproductiva (el mismo Yod se considera cabalísticamente también como representación del órgano masculino) y mentalmente como creación ideal.

El poder de la serpiente se llama en la India Kundalini (que significa enroscada) y se pone su asiento a la base de la espina dorsal, en el centro que se llama Muladhara (véase el “Manual del Maestro”), siendo la misma espina dorsal el Camino Vertical de su manifestación que es progresiva ascensión. En la ciencia llamada Yoga, se considera prácticamente el desarrollo consciente de dicha fuerza o poder serpentino, que se necesita hacer ascender desde el más bajo al más elevado de los centros o chakras del organismo psicofísico, en el cual se realiza la mística Maithuna o conjunción de shiva con Shakti (el Principio del Ser, manifiesto en la conciencia, y el de la Energía, manifiesto en la materia).

Shiva y Shakti son, respectivamente, el centro y la circunferencia del círculo de la manifestación universal como individual, que han de unificarse conscientemente, siendo esto el propósito y objeto final de toda la manifestación.

EL OJO

El círculo con el punto es también un símbolo del ojo, o sea, del centro de la conciencia y de la visión; pero simbolizan más bien el ojo divino – el ojo de Shiva o de Dangma en la terminología oriental, centro de la visión o percepción espiritual- el ojo impar de los cíclopes, que es el doble órgano de la vida y percepción inmaterial.

Este símbolo es esencialmente unitario, y así como muestra la unidad del ser y de la vida en su céntrica y concéntrica expresión, también representa la visión unitaria de la Realidad, más bien que la doble visión de la apariencia ilusoria. La visión unificada, o central, es la propia visión creadora que manifiesta y expresa la Luz Interior –“la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo”- o sea, de un Ojo que es al mismo tiempo, sol o lámpara del cuerpo: centro de Luz, de Vida y de Fuerza. La pupila de este ojo viene a ser aquel punto o foco central de la conciencia en el cual se concentra y del cual se expresa la unidad espiritual del Ser.



Por lo tanto, el símbolo del Ojo Divino que encontramos en este grado, ha de ser meditado con toda atención por el Maestro que aspira al Secreto Magisterio del Arte. Esta meditación le explicará el significado de aquellas metamorfosis de las que hemos hablado en la segunda parte; la letra G, el Ojo y el Yod son distintos aspectos de una misma cosa: el Divino Centro creador que es Punto omnipresente, omnisciente y omnipotente.

La manifestación individual de este Centro corresponde con el cósmico Fiat Lux! Es la luz interior que aparece en el caos de los pensamientos, errores e ilusiones de la personalidad y que únicamente tiene el poder de orientar su actividad hacia lo Real y lo más elevado.

Por consiguiente, esta Luz es idéntica a la facultad del discernimiento, libertando al hombre de sus errores y manifestando el orden divino en el estado caótico primordial.

Pronunciando estas palabras, el Maestro Secreto llama a la expresión el Poder de la Luz en su propio mundo, que sólo pueden destruir las tinieblas y las sombras de la vida interior y exterior.

LA UNIDAD

Con el punto en medio del círculo pasamos del 0 que simboliza el aspecto negativo del Ser a la Unidad de su expresión activa o creadora que manifiesta la multiplicidad y diversidad aparente de las cosas, o formas contingentes de dicha expresión.

Reconocer la unidad interior en la diversidad y multiplicidad exterior, como Realidad Omnipresente, Inmanente y Trascendente es al mismo tiempo – en los distintos grados de su realización consciente- el principio y el fin de la Iniciación. La primera vislumbre de esta Verdad es la luz simbólica que nos inicia en el conocimiento de la Realidad y su pleno dominio en nosotros; como Poder superhumano, nos conduce al estado de magister o más que hombre.

Dicho reconocimiento se consigue abriendo el ojo interior, el ojo de la visión central y, por consiguiente, unitaria. Y este ojo, a su vez, se abre por aquel mismo poder de la serpiente que produce exteriormente la Ilusión o Tentación –el animal (Facultad, Fuerza o Poder) sutil “más que todos los animales del campo (círculo o expresión exterior) que Jehová (el Ser) había hecho”.

Este poder ha de ser elevado o exaltado, así “como Moisés levantó la serpiente en el desierto”, para que “el árbol codiciable para alcanzar la sabiduría” dé sus mejores frutos, insinuándose como Yod creador desde las profundidades a las sublimidades, o sea, desde los infiernos a los cielos. Por esta razón en toda verdadera Iniciación es preciso bajar antes de poder subir, y la Fuerza Ascensional que se adquiere y nos eleva sobre las cumbres de las

montañas de la Abstracción es proporcional a la profundidad del descenso o humillación que se verifica en las entrañas de la manifestación.

Con otra alegoría, que se basa igualmente en los símbolos que acabamos de examinar, el huevo místico producido e incubado por la Serpiente de la Ilusión ha de dar nacimiento a la Paloma, Cisne o Águila, que nos eleva por encima de la misma ilusión en el cielo o Dominio de la Realidad.

Así se abre individualmente el Ojo de Dangma o de Shiva a la percepción unitaria de la Realidad, y la Ilusión Tentadora se transmuta en el Discernimiento Iniciático e Iniciador. Por esta misma razón la Serpiente es a la vez, uno de los símbolos más frecuentes y universalmente difundidos de la Iniciación.

EL NÚMERO 1

El número 1, como línea o Fuerza vertical y descendente, es un emblema del Poder de la Unidad o Luz cósmica que desciende en su manifestación y se expresa como actividad creadora, produciendo o emanando de sí misma las demás cifras (idénticas con los sephirot de los que hablamos más adelante) y números (combinaciones de cifras o Fuerzas Primordiales).

El número 1 es así el Creador del Universo –el verdadero Logos o Demiurgo- como lo es de las demás cifras y números: el Hijo del 0 que, sentado a su derecha en el número 10, adquiere el Poder de la Década (los diez sephirot) y se manifiesta la creación en los nueve cielos o mundos por medio de las potestades angélicas –Pensamientos Divinos- que expresan y ejecutan su Poder.

Es un rayo de luz –el rayo de la Luz de la Realidad- que desciende del Centro de la manifestación para expresar en el círculo de la misma, aquella Actividad Creadora que es génesis geométrica y geometría genética de toda cosa.

Cada rayo es un número 1, es decir, un Principio Divino Creador y Productor, que se precipita del centro hacia la periferia –la caída de Lucifer y de Prometeo- para hacer la Voluntad del Padre o redimir el círculo de la manifestación.

Es el principio del Orden y de la Armonía, que como tal se expresa en todo caos, o agregación desordenada e inarmónica, manifestando la unidad latente en capacidad unificadora; así esta Fuerza une los átomos primordiales en agrupaciones siempre más complejas, en átomos físicos y químicos, en moléculas y agregados moleculares, y forma con éstos los cristales y las diferentes sustancias amorfas del reino mineral. Esta misma Fuerza Unitaria asimila y reúne orgánicamente las sustancias amorfas minerales para producir las múltiples manifestaciones de la Vida en los tres reinos: vegetal, mineral y humano, que evolucionan el uno del otro hasta producir en el estado humano la conciencia individual o individualidad consciente.

Sin embargo, aquí no se acaba la manifestación del Poder de la Unidad, sino que se intensifica con el anhelo de conducir a la perfección la Gran Obra de

la Creación. Así como el hombre tiene cuerpo animal, manifestando potencias y facultades que lo sitúan en un reino o categoría distinta de los animales, en esta misma forma humana tiene que expresarse algo más que el hombre –el Magister o Superhombre, objeto y resultado de la iniciación, que constituye un verdadero quinto reino en la naturaleza.

LA LETRA I

En esta segunda fase de la manifestación del Poder de la Unidad, el número 1 se cambia en la letra i. En esta última el punto, por encima de la línea vertical ascendente, representa el Centro Divino originario, principio y finalidad de la Creación, objeto de la aspiración y de los esfuerzos del Yo consciente que trata de levantarse desde las profundidades de la Ilusión en que se encuentra, y ascender hacia Aquél: “así es necesario que el Hijo del Hombre (la individualidad consciente nacida en él) sea levantado” (Juan, III-14).

Este levantamiento o exaltación que conduce al Magisterio, es la elevación de la i pequeña con I mayúscula, del yo inferior, nacido en la personalidad humana (Hijo del Hombre) en el Yo verdadero o superior (Hijo de Dios) que reconoce su identidad con el Yod Creador (el punto de la letra i). La letra y en sus dos formas nos da otro emblema de este levantamiento que se efectúa descendiendo primero a las profundidades de la manifestación (la tumba simbólica) como lo muestra la y pequeña para después levantarse y subir a las alturas con las alas desplegadas de la Y.

En el grado de Maestro Secreto, el punto colocado sobre la letra i representa el corazón de Hiram – nuestra vida Elevada o Superior- que hay que poner o elevar por encima del ara de nuestro yo, o de la piedra cúbica de nuestra personalidad renovada, cuyas aspiraciones producirán sobre la misma la pirámide cuadrangular que la transforman en piedra cúbica de punta: la personalidad unificada con la Individualidad y la expresión de ésta en aquélla.

LA LÍNEA EN EL CÍRCULO

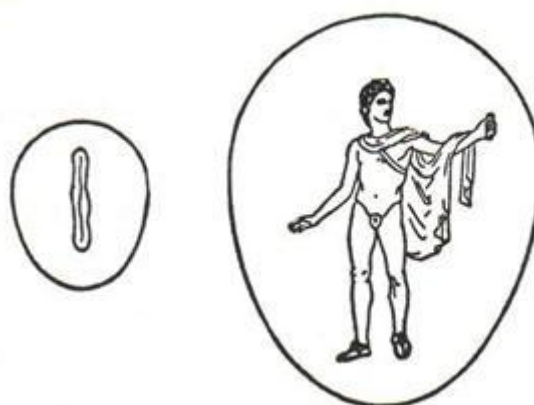
La hemos hablado, tratando del cetro (que reúne y equilibra sus dos posibilidades ascendente y descendente), del Poder de la Unidad simbolizado en la vara mágica y en el bastón o pastoral de los patriarcas, de los obispos y del Ermitaño. En el primer arcano del Tarot vemos este Poder que desciende hacia la manifestación; en el noveno la ascensión que realiza con su extremidad superior floreciente, apoyándose con el otro extremo firmemente sobre la tierra.

Un igual progreso se nota en estos dos arcanos en la luz, que en el primero aparece como una lejana estrella y en el segundo mana de una lámpara sujeta por la mano derecha, o sea, la Voluntad que ilumina el Sendero de la Vida,

mientras la Inteligencia se apoya firmemente sobre el Poder de la Unidad en su perfecta realización individual.



Corresponde este progreso con el crecimiento que se verifica dentro del círculo de la manifestación, en el cual, naciendo la unidad como línea recta vertical del punto originario, se produce, con su expansión horizontal, la cruz de la que nacen, con la dualidad, todos los números.



La línea dentro del círculo es un símbolo muy importante, por cuanto con la rotación del círculo sobre la misma como eje se produce la esfera o huevo en el cual y del cual se origina toda manifestación.

El desarrollo del germen en el huevo se produce, pues, como una línea perpendicular, por medio de aquella segmentación que originará la futura espina dorsal, e igualmente una línea vertical es el hombre con su organismo psicofísico en el centro del aura formada por sus vehículos superiores.

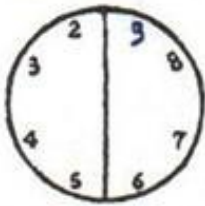


El Adepto, en la plenitud y perfección de su manifestación, es la doble cruz equilibrada que nace de la crucifixión y constituye la cuadratura de la esfera de su existencia objetiva, transformándose el poder de la serpiente en el Águila que sublimiza y eleva todas sus facultades.

LOS PARES OPUESTOS

La línea en el círculo expresa también los pares de opuestos que se desarrollan de los dos lados de la línea central, de la que parten, alejándose progresivamente, para acercarse de nuevo y volver a la unidad.

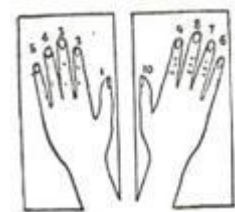
El círculo debe considerarse, en este caso, tanto como el principio latente de todo como su cíclica manifestación, mientras la línea corresponde al principio unitario que la origina.



Partiendo de la línea, que es el rayo primordial de la luz correspondiente al primer día de la manifestación, encontramos en los números 2, 3, 4 y 5 del semicírculo descendente, las manifestaciones dual, septenaria y cuaternaria de la naturaleza, hasta el hombre, en el que se expresan la inteligencia y la razón. Con el número 6 entra en acción un principio superior a la razón humana: el Genio Individual, simbolizado por la letra G, que muestra el centro de la Estrella y desarrolla el sexto sentido interior de la conciencia.

Los números 7, 8 y 9, que continúan el semicírculo ascendente, caracterizan las sucesivas etapas iniciáticas simbólicamente indicadas por la exaltación al Magisterio Masónico. Así llegamos nuevamente a la línea vertical o número 1, que corresponde con el punto de partida, dentro de la perfección de la Década, en el cual el Hijo consciente de su cualidad toma su asiento “a la derecha del Padre”, y empieza la manifestación de un nuevo ciclo o Década.

En este ciclo progresivo, desde la potencialidad latente del número 1 a la actividad y plenitud de su reino en el número 10, vemos en el mismo nivel los cinco pares de opuestos 1-10, 2-9, 3-8, 4-7, 5-6, cuya suma es constantemente igual a 11, es decir, a la oposición de las dos unidades inicial y terminal del ciclo, o sea, simbólicamente, el Adepto con el cetro del poder o vara del Magisterio.



También puede representarse estos cinco pares de números con los dedos de las dos manos humanas –respectivamente, izquierda y derecha- o sea, en los diez dedos de la Mano Divina que las sintetiza –según el significado de la Palabra Sagrada de este grado- en sus dos aspectos, que equivalen a las dos tablas o expresiones de la Ley: el Bien y el Mal que se manifiestan en la vida del hombre, según la polaridad de sus pensamientos.

EL NÚMERO 10

Para llegar al número, las nueve primeras cifras pueden combinarse en cinco pares complementarios que lo reproducen:

$$1 + 9 = 10$$

$$2 + 8 = 10$$

$$3 + 7 = 10$$

$$4 + 6 = 10$$

$$5 + 5 = 10$$

En el último de estos pares el número cinco se halla repetido: representa esta última ecuación el estado humano, es decir, la inteligencia que obra sobre los pares de opuestos y la humanidad en su conjunto (el número 10) formada por sus dos mitades o aspectos –que se complementan, como la mano izquierda con la derecha y las dos tablas de la Ley- que son el hombre y la mujer. En el número 55, formado por estas dos cifras, hemos de ver, por consiguiente, la expresión del matrimonio perfecto, en el cual los dos aspectos de una misma unidad cooperan para la realización del reino de Dios o del Espíritu sobre la tierra.

El 4 y el 6 presentan el místico matrimonio de la rosa o Estrella (el número 6 que resulta de las cinco puntas o pétalos y del centro o corola) con la cruz (número 4), o sea, la potencialidad del Cristo o Genio Individual que se realiza en la Gran Obra Creadora de la naturaleza y en la regeneración de la personalidad humana (números 46 y 64).

El 3 y el 7 muestran las dos perfecciones Divina y Humana, potencial y manifiesta, que integran la Década, o sea el Reino de la una en la otra (números 37 y 73).

En el 2 y el 8 vemos, respectivamente, los dos aspectos o polaridades de la Ley y Actividad Universal y la Justicia o equilibrio iniciático que obra en perfecto acuerdo con esa dualidad (representando al iniciado entre las dos columnas), para la manifestación de la Armonía, como finalidad de todas las experiencias (números 28 y 82).

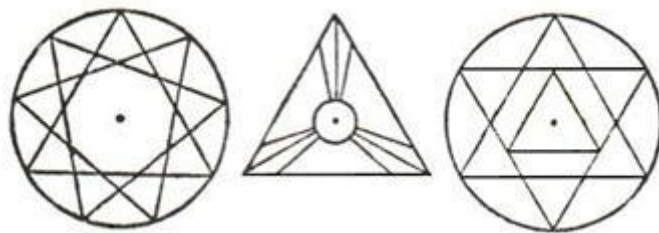
Finalmente, el 1 y el 9 (combinados en los números 19 y 91 muestran el cetro o vara (Poder de la Unidad) y la lámpara (Rayo de Luz Primordial) en las manos del Iniciado o Adepto que ha superado todas las pruebas, llegando, con la triple potencia del ternario, a la Perfección Secreta del Magisterio (número 10).

EL TRIPLE TRIÁNGULO

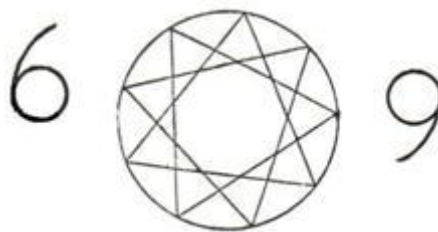
El triple triángulo y el nonágono (que figura en el campamento de los Príncipes del Real Secreto) nos dan una representación de la década, integrando y combinando el triángulo o tetractis de la Perfección Divina con la héptada de

la Perfección humana, indicada por el doble triángulo o Sello de Salomón –el verdadero emblema del Septenario.

La suma de los dos tiende naturalmente a producir este emblema, que pertenece por igual a los Maestros Secretos y a los Soberanos Grandes Inspectores de la Orden, pues estos últimos realizan todas sus posibilidades. Sin embargo, ha de considerarse como mística y esotéricamente más correcto el que se da a continuación y que muestra el Ternario Divino en el centro del doble triángulo que realiza la Tétrada en un septenario concéntrico para su perfecta expresión cíclica.



Hay que notar, en este último emblema, que el Delta Central apoya sus vértices en la mitad de los lados del triángulo inferior, mientras el superior desarrolla sus lados en perfecto paralelismo con el primero. Por esta razón los tres lados o cualidades primordiales del Ser (Sat-Chit-Ananda = Esencia-Ciencia-Beatitud) se reflejan en el triángulo superior del hexagrama como Conciencia- Inteligencia-Voluntad, mientras sus tres puntos o vértices (Omnipotencia, Omnisciencia y Omnipresencia) producen las tres cualidades de la materia: Actividad, Inercia y Ritmo.



En cuanto a los tres triángulos en el círculo (además de indicar la cíclica combinación de las tres cualidades o gunas), representan el esfuerzo de un triple ternario en la búsqueda del centro que siempre huye de sus pasos cuando éstos se dirigen centrífugamente hacia lo exterior, mientras se acercan a él con el movimiento centrípeto dirigido hacia lo interior. Los dos movimientos están indicados para las dos espirales involutiva y evolutiva, representadas, respectivamente, por los números 6 y 9, cuya unión forma el cuarto signo del zodiaco.

Son éstos, evidentemente, los nueve maestros o grados filosóficos que buscan incesantemente la palabra perdida -o sea, la Verdad Final acerca de la

Realidad Absoluta de todo- que únicamente puede encontrarse en el centro, o en el íntimo sagrario de cada ser.

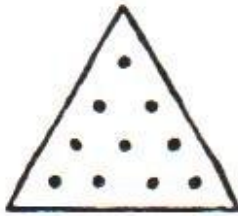
De una manera análoga se halla expresada la década por la novenaria mística irradiación del Sol Divino o Unión Central –el Ojo o Eje de la Conciencia- en el triángulo o Delta que lo manifiesta exteriormente como:

- Sensación, Percepción, Comprensión
- Inteligencia, Razón, Intuición
- Aspiración, Deseo, Voluntad

Son éstos los nueve rayos individuales que han de iluminar a los Nueve Maestros en su búsqueda silenciosa, las Nueve Musas que han de inspirarlos, para que lleguen al objeto final de sus esfuerzos, indicado por el número 10, o sea, el punto en el medio del círculo y la perfecta pronunciación de la Gran Palabra de la Verdad y de la Vida.

LA TETRAKTIS

En la tetractis pitagórica hay otra expresión de la década, como resultante de la suma de los números $1 + 2 + 3 + 4 = 10$.



Esto quiere decir, iniciáticamente, que para llegar a la comprensión del universo hay que sumar o integrar el estudio o comprensión del significado de los cuatro primeros números, o sea, la Mónada, la Díada, la Tríada y la Tétrada. En otras palabras, hay que ver y saber cómo todo deriva de la Unidad, se expresa a través de la Dualidad, se manifiesta en una Trinidad y se realiza en un Cuaternario.

La tetraktis viene a ser así idéntica al tetragrama, o sea, el conjunto de cuatro letras o signos que constituyen el nombre verdadero de la Divinidad o la Palabra Sagrada de la Verdad, cuya correcta pronunciación es expresión retórica de la comprensión lógica de su significado gramatical. He aquí la gran importancia del trívium, cuya realización iniciática no puede efectuarse o alcanzar su completación sin el quadrivium de la Aritmética, de la Geometría, de la Música y de la Astronomía, que se identifican filosóficamente con las cuatro letras del Tetragrama y los cuatro elementos de la Tetraktis.

El mismo tetragrama se halla muy bien indicado por el nombre latino DEUS, por el griego QEOS y por el español DIOS, así como por las cuatro letras BRHM e ISVR, con las que se escriben en sánscrito los nombres de Brahma e Ishvara, siendo en todo caso las cuatro letras representaciones convencionales –aunque mágicamente efectivas- de los cuatro principios indicados aritméticamente por la Tetraktis. También la palabra griega BIOS, “vida”, puede prestarse convenientemente con el mismo objeto.

Sin embargo, en este grado puede únicamente plantearse el problema desde el punto de vista del significado gramatical, cuya comprensión lógica y expresión retórica pertenece a los dos siguientes. Y como significado gramatical es importante especialmente la primera letra, o sea, la Unidad, que corresponde con la Palabra Sagrada de este grado, cuyo valor numérico es 10, o sea, la suma de los primeros cuatro números: 1, 2, 3 y 4.

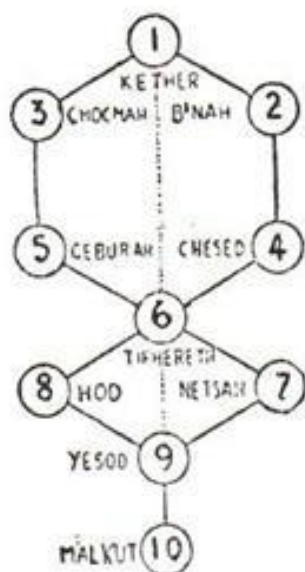
El significado de esta Palabra, como hemos visto, es mano, refiriéndose particularmente a la Mano Creadora y a sus diez dedos, que son las diez primeras cifras o sephiroth, y los diez primeros números: el 0 pre-antinómico de la Corona formará con su centro unitario y sus nueve estrellas el 10 del Reino o Perfección.

EL ÁRBOL DE LOS SEPHIROTH

Característica expresión de la Década es el llamado *Árbol de los Sephiroth* (que el Iniciado puede prácticamente identificar con el *Árbol de la Vida*), fundamento y esencia de la *Cábala*, resumiendo en sí admirablemente la *Filosofía Iniciática* de los números.

Se representan generalmente los sephiroth con la figura que indicamos, formada por un cuaternario central (el *Tetragrama*) y un triple binario colateral que lo complementa. Sin embargo, pudieran igualmente representarse en las otras formas que hemos visto anteriormente para indicar la década, o sea, el triple triángulo, la irradiación novenaria y la *Tetraktis*, según puede verse en el grabado.

He aquí sintéticamente el valor filosófico de cada una de las cifras que se propone interpretar el mundo de las formas y de la apariencia visible con los Principios Absolutos y esenciales del Ser:



1. KETHER, la Corona o Diadema: es el emblema de la Unidad o primer principio originario de la manifestación, Padre o Manantial de la Vida, la esencia inmanente y trascendente de todo lo que existe.

2. CHOCHMAH, el principio de la Sabiduría, o sea, la Madre y la Ley, esencia femenina y geométrica de la creación, la Razón Suprema o Chit, conciencia del ser.

3. BINAH, el principio de la Inteligencia y de la comprensión o conciencia individual, el Hijo nacido del Padre o Logos Creador, el Demiurgo o Voluntad iluminada que origina la manifestación.

4. CHESED, el principio de Gracia o Espíritu Santo, la Misericordia o Bondad divina que manifiesta la vida y origina los mundos.

5. GEBURAH, el principio de la Fuerza, de la Fe y

del Juicio, de la elección, del deber y del libre albedrío, la Voluntad hija de la razón que elige y determina la dirección individual.

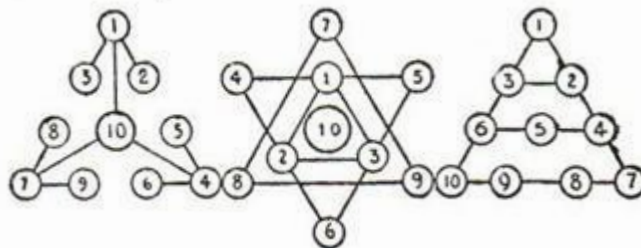
6. TIPHERETH, el principio de la Belleza y de la inspiración, del Ideal y de las aspiraciones humanas, del sentimiento y del Amor o Fuerza Atractiva que une a los seres.
7. NETSAH, la Victoria, o sea, el Triunfo de la Voluntad y la firmeza que establece el dominio del Ideal y asegura el progreso evolutivo de la manifestación.
8. HOD, la Gloria o esplendor que manifiesta la Gracia Inspiradora del G.. A., la coordinación armónica y la Ley de Justicia que gobierna todas las cosas y relaciona todo efecto con una causa y toda causa con un efecto.
9. YESOD, la fundación, el Arquetipo o base invisible de toda manifestación visible, el plan del G..A., esencia y principio profético de todo lo que puede hacerse y se hará, la potencialidad eterna de todo lo que fue y será.
10. MALKUT, el Reino del Ternario Divino en el Septenario de la Perfección, la clausura del ciclo en el cumplimiento de la Obra y su sello celestial.

El estudio de estos sephiroth, en sus relaciones con los números que les corresponden, es muy instructivo para la comprensión de los primeros principios que constituyen la base decimal del Universo. Como dice el Sepher Yetzirah: los Sephiroth son diez como los números: “diez y no nueve, diez y no once”.

Fácil nos es, por lo tanto, ver en ellos las potencialidades divinas que se ocultan en los números como Aspectos del Ser y que también pueden, simbólicamente, relacionarse con los diez primeros Arcanos del Tarot, con los que tienen manifiesta analogía, así como con las propiedades generales de los números que acabamos de ver.

COMBINACIONES TERNARIAS

Para mejor entenderlos será muy útil su división en los tres ternarios – según los números que forman objeto del estudio de los tres primeros grados masónicos-, debiéndose considerar el último como síntesis cíclica que los comprende y resume en la perfección de la Década.



El primer ternario muestra al Ser que se expresa como Sabiduría, reflejándose en la Inteligencia, y, por lo tanto, se refiere al SABER en sus tres aspectos.

El segundo ternario indica la manifestación armónica de la Gracia y de la Fuerza de la Belleza, y corresponde con QUERER. En el tercero, la Victoria manifiesta la Gloria o Esplendor Divino, o sea, el plan del G.:A.:., expresando el ATREVERSE. Y el reino o cumplimiento se resume en la contemplación silenciosa de la Perfección: “Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno”, o sea, = 10.

En el cuerpo del hombre o del Gran Adán Universal (Adam Kadmon, el Gran Hombre del Oriente), se hace corresponder la Corona con el vértice de la cabeza, la Sabiduría e Inteligencia con el centro y los dos hemisferios cerebrales, la Gracia y la Fuerza, con los dos brazos, la Belleza con el corazón, la Victoria y la Gloria con los dos pies, la Fundación con la base del cuerpo y el Reino con los órganos de la generación, entendidos como manifestaciones de la Fuerza o poder creativo en el hombre.

El árbol de los sephiroth también puede ponerse en correspondencia con los siete centros (o chakras), según los hemos visto en el “Manual del Maestro”, Malkut relacionándose con Muladhara, Yesod con Svadhisthan, Hod y Netas con Manipura, Tiphereth con Anahta, los dos binarios subsecuentes con Vishudha y Ajña, y Kether con el loto de los mil pétalos.

Finalmente, los diez sephiroth indican muy bien los diez oficiales del Santuario de los Maestros Secretos, y los correspondientes de una Logia Simbólica, de esta manera: Kether al maestro que se asienta en el Oriente, Chocmah al Orador, Binah al Secretario, Chesed al Hospitalario, Geburah al Tesorero, Tiphereth al Maestro de Ceremonias, Netsah al Pr.: Vig.:., Hod al Inspector o Seg.:Vig.:., Yesod al Experto y Malkut al Guardia interior. Puede notarse también la correspondencia de los lugares que ocupan, con el Árbol de los Sephiroth.

LA CAÍDA EDÉNICA

Desde otro punto de vista, el número 10 también indica la caída del hombre y su éxodo del Paraíso Terrenal: la unidad humana, o sea, el número 1, se halla, pues, excluida del círculo o 0 que constituye el jardín. Origen de esta exclusión es el mismo Poder de la Serpiente que de Tentador (número 6) reconvierte en Iniciador (número 9), por medio del equilibrio de los opuestos, o Ley de Justicia y Causalidad (número 8), conduciendo a la Individualidad (número 1), por efecto de su crecimiento, temporalmente fuera del círculo de la manifestación (el 0).

Algo análogo se verifica con el Hijo Pródigo de la parábola angélica, o sea, la unidad (número 1) que abandona la casa paterna (el círculo o 0), para

aventurarse en país extranjero (todo lo que se encuentra fuera del círculo o 0 originario), en donde desparrama toda su sustancia (divide su unidad en la serie numeral) y después de los sufrimientos y privaciones (números 5 y 6) aprende la divina necesidad de disciplinar y ordenar sus acciones (número 7) en armonía con la Ley (número 8), y de esta manera puede regresar nuevamente (número 9) a la casa paterna (el 10 como Plenitud).

En ambos casos el número 10 indica propiamente el regreso al punto de origen después de una larga peregrinación, representada por la misma serie numeral que tiene que ser recorrida por la Unidad en su camino involutivo-evolutivo: es el número 1 que se prepara para regresar en el 0, el hombre redimido por la iniciación que se encuentra nuevamente frente a las puertas del Edén, el hijo pródigo que se ha hecho sabio con la experiencia ganada en el sufrimiento, y que así puede regresar a la casa del Padre. Las dos alegorías se hallan así representadas simbólicamente por la serie numeral:

0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10,

que muy bien indica las diferentes etapas sucesivas de toda iniciación.

De la misma manera puede interpretarse aritmosóficamente la venida o caída de los hijos de Israel en Egipto, quienes, impulsados por las necesidades materiales (número 2), toman ese camino (número 3) y allí se establecen (número 4) hasta convertirse en esclavos (número 5) de este país que simboliza la ilusión de la materia. Con el número 6, que representa el nacimiento de Moisés – Mesías o Caudillo libertador- se manifiesta la esperanza y el principio de la redención, y empieza el éxodo (número 7) con la derrota de los egipcios (establecimiento de la Perfecta Justicia o número 8), y después de una larga peregrinación en el desierto (número 9), llegan nuevamente a la Tierra Prometida (número 10).

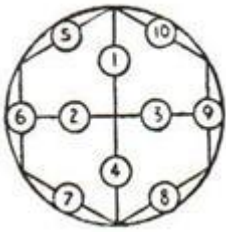
LA MÍSTICA ALIANZA

Representando el regreso de la manifestación unitaria individual a su Origen o Causa Primera – Edén, Casa del Padre y Tierra Prometida- el número 10 indica también la mística alianza que individualmente se establece con el Principio de Vida y que es, al mismo tiempo, causa, medio y efecto de dicho regreso evolutivo, después de un éxodo involutivo.

El número 10, que expresa esta alianza en el reconocimiento de 10 Leyes o Principios Morales de conducta individual, repartidas en 2 Tablas, se halla reproducido por los 10 dedos de las manos que se entrelazan y se unen mutuamente en el toque que realmente pertenece a este grado, y representa una unión más íntima y estrecha que en los precedentes.

La alianza, que se halla representada alegóricamente por el Arca y su contenido -**la vara de Aarón, el vaso de maná y las dos tablas de la Ley, o sea, un**

Cuaternario de realización- es la que establece una más perfecta unión y cooperación del 1 con el 0, o sea, de la Individualidad consciente con las infinitas potencialidades latentes de la Causa Primera. El número 1 reproduce en sí la vara del Poder de la Unidad, y el número 0 el vaso de maná –la sustancia que surge de las potencialidades latentes que son la nada aparente mientras los dos juntos en el 10 dan las dos Tablas de la Ley, la primera de las cuales indica los 4 deberes del hombre con el Principio de Vida (el centro del círculo, o sea, el número 1) y la segunda los 6 restantes que debe observar para con sus semejantes (la circunferencia o periferia del círculo que es el 0).



Geoméricamente, los 4 primeros deberes forman una cruz o cuadrante dentro del círculo, mientras los seis restantes miden hexagonalmente, con el rayo, el círculo de la manifestación individual. Así vemos que el número 10 no es extraño al problema de la cuadratura moral del círculo de la existencia.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Estos diez mandamientos no son simples preceptos elementales de moral exterior o profana, sino que abarcan un sentido esotérico o iniciático que se revela al estudio que de ellos hagamos con los conocimientos que hemos adquirido acerca del significado de los números.

El primero es la afirmación del Principio de Vida y de su Unidad absoluta: “Yo soy Jehová tu dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de siervos. No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Es decir: “Soy el Ser que es por sí mismo, el Principio de Vida y de Luz que ilumina tu conciencia, que te sacó de las tinieblas profanas, de la esclavitud de la Ilusión. No tendrás otros principios, consideraciones o deberes delante de mí”.

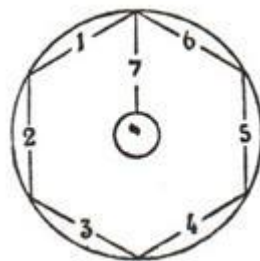
El segundo es la negación de realidad de todo lo que es reflejo, imagen o manifestación exterior: “No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas de la tierra; no te inclinarás a ellas, ni las honrarás, porque soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visitó la maldad de los padres sobre los hijos, sobre los terceros y sobre los cuartos a los que me aborrecen y que hago misericordia en millares a los que me aman y guardan mis mandamientos”.

Este segundo mandamiento no significa, como puede creerse, la prohibición absoluta de formar imágenes exteriores de seres y cosas visibles e invisibles, sino que se refiere a los ídolos e imágenes que “nos hacemos” interiormente, cambiando esta nuestra ilusión por la realidad. En consecuencia, no es necesario que el ídolo se manifieste objetivamente: toda vez que anteponeamos en el santuario de nuestra íntima conciencia un “ídolo” o imagen que proviene de nuestra ilusión, al reconocimiento de la Realidad, que es el

Principio de la Vida en nosotros, faltamos a este mandamiento e incurrimos implícitamente en la sanción del mismo, que es pura y sencilla consecuencia causal de la Ley Unitaria. Todo error que en nosotros antepongamos a la Verdad, todo lo que nos hace esclavos de la Ignorancia, del Fanatismo y de la Ambición, es un ídolo que antepone al verdadero Dios; y otros tantos ídolos son las consideraciones materiales que prevalecen en nuestras decisiones, así como los males y las condiciones negativas de que hablamos y nos hacemos imágenes interiormente.

El tercer mandamiento se refiere a nuestra individual responsabilidad en el uso del verbo o palabra: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano”. Toda palabra que pronunciamos es una esencia que invocamos y evocamos por medio del poder del pensamiento, a la que nos atamos o con la que nos relacionamos en nuestra íntima conciencia; por esta razón “ninguna palabra puede pronunciarse en vano”, en cuanto su esencia se manifestará inevitablemente según la intención evocadora.

Por lo tanto, la Masonería –que tiene por lema fundamental las enigmáticas palabras con que se inicia el Ev.:. de S.:.J.:. –nos enseña como primera cosa a controlar y dominar la expresión verbal de nuestros pensamientos. Este control, claramente indicado por el signo del aprendiz, se halla confirmado por el signo de silencio que caracteriza a los Maestros Secretos: dominar toda palabra vana o



destruktiva es un ejercicio del que no podemos prescindir antes de poder hacer de las mismas un uso verdaderamente constructivo. Sobre este punto nuestra Orden sigue, aunque en forma muy reducida, la huella clásica de la disciplina y enseñanza pitagórica, en las que también se les imponía a los novicios un período de cinco años, durante el cual debían tan sólo escuchar sin hablar.

El cuarto mandamiento hace hincapié sobre la necesidad de observar un séptimo día de descanso y recreación espiritual, para cerrar cada ciclo de seis días de actividad y comenzar uno nuevo: “Acordarte has del día de reposo para santificarlo: seis días trabajarás y harás toda tu obra; mas el séptimo día será reposo para Jehová tu Dios: no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu sierva, ni tu criada, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas: porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, la mar y todas las

cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día, por tanto, Jehová bendijo el día del reposo y lo santificó”.

Este mandamiento es la expresión de un principio matemático que gobierna una necesidad cósmica: todo ciclo o círculo se mide, pues, exactamente con un polígono de seis lados iguales al radio, que viene a ser un séptimo elemento interior con relación al hexágono exterior. Toda obra o actividad es un círculo que se divide necesariamente en seis partes iguales al radio, y una vez terminado el ciclo hay que descansar, interiorizándose en este séptimo elemento santificador, destinado para preparar convenientemente una nueva obra o ciclo de actividad.

La elección del día es cosa de importancia secundaria: cualquiera que sea el día será un sábado o séptimo (el hebreo Shabbath quiere decir etimológicamente séptimo, habiendo después tomado también la acepción secundaria de descanso), después de un ciclo de seis días que le preceden. Lo esencial es hacer del mismo un día de interiorización santificante en el descanso de la actividad exterior, o sea, de toda obra dirigida por nuestro yo (nosotros mismos), o por nuestros propios pensamientos (nuestros hijos e hijas), nuestros deseos e instintos (la sierva, la criada y la bestia), y las palabras y sugerencias exteriores (el extranjero que está dentro de nuestras puertas). Hay que bendecir en este día todo lo hecho y santificarlo en nuestra íntima satisfacción.

El quinto mandamiento se refiere a la veneración que debemos a los dos Principios que manifiestan nuestra existencia individual: “Honra a tu Padre y a tu Madre porque tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”. Hay que notar que en este mandamiento no se consideran únicamente los padres terrenales que nos dan carnalmente el vehículo de nuestra existencia material: hemos de entender quiénes son espiritualmente nuestro Padre y nuestra Madre, de los que sacamos todos los días la esencia y la forma de nuestra manifestación exterior, para que la misma se haga más y más perfecta, fecunda, y se alarguen los días que la Senda del Progreso Vida nos ofrece en la existencia terrenal.

El sexto, conforme al místico significado de este número, nos recuerda el respeto que debemos a todas las manifestaciones de la Vida, con sólo dos palabras: “No matarás”. Este mandamiento puede entenderse en la plenitud de su significado sólo cuando alcanzamos en nuestra evolución espiritual el número 6 del principio Cristo –Daimon o Genio Individual- en el cual reconocemos la unidad de la vida de todos los seres de la que somos personalmente partícipes. No se refiere, pues, únicamente a matar materialmente o destruir la manifestación orgánica de un ser viviente –Templo de la Vida Única- sino también a todo lo que crea un impedimento y un obstáculo para la perfecta manifestación de esa Vida, según el Plan Divino y la Ley o Ideal interior. Toda palabra que hiera, todo pensamiento que no sea de benevolencia hacia quienquiera o cualquiera cosa se dirija, es una forma de matar y una infracción al sexto mandamiento.

El séptimo: “No cometerás adulterio”, se refiere a la infracción de la Ley de Perfección que el número 7 representa. Es adulterio todo lo que es causa de impureza o imperfección en nuestra conciencia interior y en su manifestación exterior, todo lo que nos aleja de la Belleza y pureza del Ideal o Verbo Divino que nos inspire, toda forma de apego a las condiciones y circunstancias materiales. Es igualmente adulterio toda forma de connubio de la Verdad con el Error, de la Sinceridad con la Mentira, de la Bondad con la Maldad, del Altruismo con el Egoísmo, del Amor con el odio, los celos y la pasión. Finalmente, es adulterio toda visión mixtificada que reconoce un principio del Bien y un principio del Mal, igualmente activa y operativa, y nos aleja así de aquella singularidad y sinceridad de visión que nos hace ver un solo Principio Benéfico Omnipresente, cuyo reconocimiento tiene el poder de alejar toda sombra u oscuridad de nuestra vida exterior.

Por consiguiente, la práctica de este mandamiento requiere un discernimiento iniciático, cuya perfección constituye el séptimo sentido o visión unitaria, poseyendo la cual “todo tu cuerpo será luminoso”.

El octavo mandamiento: “No hurtarás”, muestra la comprensión y aplicación de la Ley de Justicia y Amor que es dar, en vez de tomar o sacar. Todo lo que quitamos a la libre expresión de cada ser individual –ya sean cosas materiales o morales: vida, libertad, actividad, posesiones y posibilidades es un robo que hacemos a una manifestación de la Vida Única y un obstáculo o impedimento que creamos sobre el sendero de nuestro propio progreso evolutivo, en el cual encontramos limitaciones análogas a las que hemos contribuido a procurar, crear o establecer para los demás. También es un robo que hacemos a nuestro ser más elevado y a nuestro Ideal, toda vez que nos dejamos dominar y guiar por consideraciones de orden puramente material e ilusorio. E igualmente es un robo todo lo que omitimos dar pudiendo –robo que hacemos al mismo tiempo en contra de nosotros mismos (por ser Ley Suprema de nuestro ser la expresión o manifestación de lo mejor) y en contra de nuestros semejantes, que se hallan defraudados y retardados en su evolución, a consecuencia de lo que hemos dejado de dar o manifestar.

La sociedad tiene también que reflexionar con respecto al robo que considera su derecho perpetrar sobre la libertad individual, ya sea con leyes injustas o imperfectas, o bien bajo el pretexto de sanciones de crímenes, con las que frecuentemente se les usurpa mucho más de lo que debería a quienes se aprovecharon indebidamente de algo.

Nótese a este propósito que en la Masonería -y en general iniciáticamente- no existen derechos, sino únicamente deberes: los derechos pertenecen tan sólo a los profanos, que no conocen las verdaderas Leyes de la Vida y se creen con el deber de exigir algo de sus semejantes, sin percatarse de que esto constituye una violación de sus respectivas libertades.

El noveno: “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”, es la Ley de Veracidad y la benévola discreción que constantemente se impone al Iniciado.

Los dos conceptos que es preciso aclarar sobre este punto son: “qué es la Verdad” y “quién es nuestro prójimo”. En relación con el primero, el Iniciado debe saber que la Verdad no se identifica con lo que nos relatan los sentidos o impresiones exteriores, y que hay que profundizar y ver lo que se oculta en lo íntimo de cada ser, cosa o persona, para ver cuál es en realidad su más verdadera intención o finalidad. En cuanto a nuestro prójimo, es aquél a quien, evidentemente, quien la Ley de la Vida pone intencionalmente en nuestro sendero.

Por consiguiente, nunca debemos hablar o pensar en contra de nadie que la Ley coloca en el camino exterior de nuestra vida, en falso testimonio, ya sea de nuestros sentidos, de nuestras primeras impresiones, de un juicio superficial, o de lo que otros puedan relatarnos acerca de él. Como el número 9 se refiere especialmente al Magisterio efectivo de nuestro Ser superior, que se consigue con la Suprema Iniciación (que nos abre la Puerta del Poder Divino representada por el número 10), siempre hemos de ver esa Chispa o Divina Potencialidad latente en cada ser, que constantemente se esfuerza en abrirse camino a través de las ilusiones materiales para evitar todo juicio, fruto de malquerencia, que sería como un golpe de la escuadra de hierro sobre su pecho, amortizando la llamada latente en su corazón.

Tampoco hemos de hablar falso testimonio en contra de nosotros mismos, evitando los dos extremos de un injusto desprecio y de la ceguera sobre nuestros defectos e imperfecciones, sobre los que hemos de aplicar constantemente aquella misma escuadra de hierro, junto con el compás de una Comprensión Iluminada, pues con la primera únicamente nos perderíamos más de una vez en el camino de la realización de nuestro Divino Destino, que es manifestar la gloria del mismo G..A..

Llegamos así al décimo mandamiento, o sea, la necesidad de matar, destruir o sublimar todo deseo de cualquier manera centrado sobre lo exterior: “No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo.

Nos hallamos con el número 10, delante del Poder de la Unidad, manifiesto y activo en el centro del círculo, que, como un sol brillante, debe encontrar en sí mismo y manifestar desde lo interior su propia Luz, proveyendo espiritualmente a todas sus necesidades materiales. Por lo tanto, este mandamiento se halla positivamente iluminado por las palabras que siguen de Luz en el Sendero:

- “Desea únicamente lo que está en ti.
- “Desea únicamente lo que está fuera de tu alcance.
- “Desea únicamente lo que es inasequible...
- “Aférrate a lo que no tiene sustancia ni conciencia.
- “No prestes oído sino a la voz insonora.

- “No mires más que lo que es invisible tanto al sentido interior como al exterior.

Así pues, nuestro deseo debe descentrarse gradualmente de todo lo que se halla manifestado exteriormente, y concentrarse en su Origen y Manantial interior, en el centro de nuestro Ser Individual, cuyas infinitas posibilidades latentes han de aparecer en nuestra conciencia, para después tomar forma o solidificarse en el círculo de nuestra manifestación objetiva.

Nuestra constante aspiración y supremo deseo han de ser manifestar desde lo interior, desde la sustancia espiritual de nuestro yo, partícipe de la íntima esencia y realidad de todo lo que necesitamos, deseamos y queremos ver exteriormente, sin codiciar o desear nada de lo que posea nuestro prójimo, al que ha sido dado- y no a nosotros- por la Ley.

Este décimo punto **-dedo o mandamiento de la Ley-** es de importancia esencial para alcanzar (más o menos rápidamente según lo observamos u olvidamos) la Suprema y Real Finalidad de nuestro progreso: aquella libertad en la Verdad que únicamente se posee obedeciendo a la Ley de los Astros que es consciente gravitación de nuestro Centro Individual, manifestando exteriormente la Luz, la Verdad, la Vida y la Sustancia, por medio de la actualización y realización de las posibilidades latentes en su propio ser.

OTRAS DÉCADAS BÍBLICAS

Desde el punto de vista de la simbología iniciática del número 10, no será inútil señalar la importancia fundamental de los primeros diez capítulos del Génesis, así como los diez Patriarcas anteriores al diluvio, y los diez libros fundamentales de la Biblia, es decir, el “Pentateuco”, los “Cuatro Evangelios” y el “Apocalipsis”.

El primer capítulo del Génesis nos muestra la Creación hecha en principio, o sea, en el mundo mental, como planes o ideas, que debían después manifestarse exteriormente. El segundo trata de la manifestación material u objetiva del hombre y de todos los seres vivientes. El tercero se refiere a la tentación, o sea, a la Inteligencia que come del fruto del Árbol del Bien y del Mal, alejándose de esta manera del Árbol de la Vida y de su estado primitivo de inocencia.

El cuarto capítulo trata de los tres hijos de Adán: la voluntad egoísta de Caín, quien sacrifica las aspiraciones espirituales simbolizadas por Abel, y la reconciliación evolutiva representada por Seth. El quinto habla de los diez Patriarcas comprendidos entre Adán y Noé; y el sexto de sus generaciones y degeneraciones, así como de la alianza entre Dios y Noé, el cual, a semejanza de Adán, tuvo también tres hijos.

El séptimo se refiere a la fábrica del Arca y al diluvio, en previsión del cual fue construida, permitiendo la supervivencia del justo Noé y de sus hijos. El octavo capítulo describe la cesación del diluvio y el sacrificio de Noé; el noveno la multiplicación de los Hijos de Noé (el número 9 es, pues, la multiplicación de 3) y el pacto entre Dios y el hombre, establecido simbólicamente por medio del arco, cuya relación con el arca no es aquí simple y casualmente fonética (aunque etimológicamente las dos palabras tengan un origen muy distinto):

- “Y dijo Dios: ésta será la señal del pacto que establezco entre yo y vosotros, y toda alma viviente que está con vosotros, por siglos perpetuos”.
- “Mi arco pondré en las nubes, el cual será por señal de convenio entre yo y la tierra” (Génesis IX, 12-13).

Finalmente, el décimo capítulo habla de las generaciones de los hijos de Noé.

Los diez Patriarcas comprendidos entre Adán y Noé constituyen un primer ciclo humano completo y perfecto en sí mismo, que se cierra naturalmente con el diluvio o catástrofe cíclica que origina otro período del que el número 10 deviene la unidad inicial:

1. ADÁN	edad:	930	años
2. SETH	”	912	”
3. ENOS	”	905	”
4. CAINAN	”	910	”
5. MAHALALEEL	”	895	”
6. JARED	”	962	”
7. HENOCH	”	365	”
8. MATUSALEM	”	969	”
9. LAMECH	”	777	”
10. NOÉ	”	950	”

Los nombres y características de los Patriarcas (o épocas que caracterizan) tienen analogía con los números del orden y de la edad. Esta última oscila alrededor de los 900 años, indicando el ciclo particular al que cada uno se refiere y que se completa con el número 1.000 únicamente la edad de Henoche -**el séptimo**- es de 365 años, que corresponden con los días del año solar; característica es también la de Lamech -**el noveno patriarca**- que expresa la triple perfección del número 7 repetido tres veces.

En cuanto a los Diez Libros Fundamentales de la Biblia -**5 del Antiguo y 5 del Nuevo Testamento**- pueden considerarse igualmente una perfecta expresión de la década que empieza con el número 1 del Génesis, o principio originario de

todo, para acabar con el 10 de la final revelación, en la que se encierra el Plan de la Nueva Jerusalén, o sea, de una nueva creación.

Entre el 1 y el 5 se integra el Antiguo Testamento, que tiene que acabar **-en su parte esencial-** con el número 5 de la humanidad, con el Deuteronomio o segunda ley: “Y nunca más se levantó profeta en Israel como Moisés, a quien haya conocido Jehová cara a cara” (Deuteronomio 34, 10).

Con el 6 empieza el nacimiento del Cristo en el centro de la Estrella, y su perfecto desarrollo (número 7), su muerte (número 8) y resurrección (número 9) en vida Eterna, o sea, el Nuevo Testamento que se refiere a la regeneración, así como el Antiguo expresa la generación.

EL CANDELABRO DE SIETE LUCES

La comprensión del décimo mandamiento hace perfecta la mística alianza de la criatura con el Creador, del Hombre con el Principio de Vida con el cual coopera conscientemente para la expresión de sus planes, que siempre han de manifestarse –como toda cosa o creación- desde lo interior a lo exterior.

Por esta razón el Arca ha de ser iluminada por el candelabro de siete luces, que son, a la vez, los siete Elohim o Creadores (manifiestos en los siete rayos, las siete Fuerzas Planetarias y en los siete Ángeles que se sientan delante del Trono de Dios), las siete virtudes, las siete Artes y los siete dones del Espíritu Santo: Sabiduría, Inteligencia, Consejo, Juicio, Fortaleza, Ciencia y Temor de Dios (Comprensión de la Ley).



Estas siete luces filosóficas deben iluminar y completar, en el Maestro Secreto, la Fe, la Esperanza y el Amor, cuyo práctico conocimiento ha sido objeto de los tres grados simbólicos. La Devoción y el Respeto a la Ley vienen primero y conduce naturalmente a la verdadera ciencia **-discernimiento y conocimiento de la Realidad-**. Este conocimiento es la verdadera Fuerza del Iniciado: la Fuerza Invencible que se hace manifiesta como fortaleza de carácter.

A su vez, la Rectitud de Juicio que nace de la firmeza en el discernimiento, es la base de todo sano consejo, sin el cual no puede haber verdadera inteligencia. Y la Sabiduría, que viene por último, es la primera en categoría, ya que comprende e integra en sí todos los demás dones. A ella se refiere Juan el Bautista, personificación de la Inteligencia, cuando dice: “Éste es el del que decía: El que viene tras de mí es antes de mí, es primero que yo”.

Las siete luces o fuegos deben encenderse y brillar en el Santuario de nuestra íntima conciencia, ante el Arca o receptáculo arcano, símbolo de aquella Alianza que nos convierte en verdaderos masones, Obreros Iluminados y Conscientes del Gran Arquetipo, que constantemente se dedican con Fe, Ardor, Libertad y Firmeza a la realización de sus planes, con un siempre más perfecto conocimiento y una siempre mejor observancia de sus Leyes.

EL ARCO IRIS Y EL ARCA DE NOÉ

Hay una manifiesta analogía entre el candelabro de siete luces que se encuentra ante el Arca de Alianza y el arco iris, con sus siete colores, bajo el cual se suele representar el Arca de Noé, con la que está asociado indisolublemente.



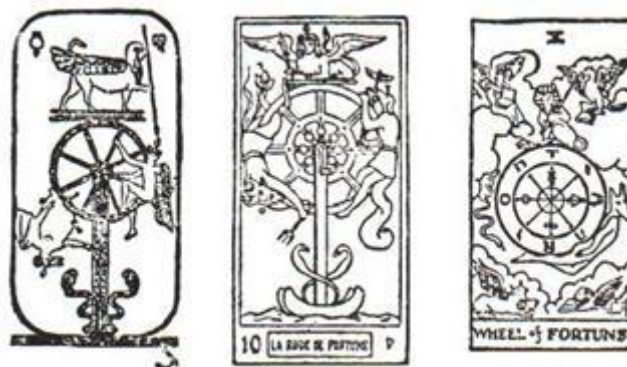
Debe notarse a este propósito que, también en la mitología pagana, el Arco Iris fue siempre considerado como un símbolo de las relaciones entre el cielo y la tierra, y la misma Iris fue personificada como Mensajera de los dioses, representándose con alas de oro, muy semejante a Niqué, la diosa de la Victoria, pero distinguiéndose por el caduceo que lleva en la mano, a semejanza de Mercurio.

Iris y Hermes (o Mercurio), en su calidad de mensajeros divinos, vienen a formar un binario en todo semejante al de los Querubines (igualmente ángeles o mensajeros) que encontramos sobre el Arca de Alianza, pues son ellos quienes establecen la relación sobre la cual descansa la alianza misma. En cuanto al Arca de Noé, no puede por cierto negarse su relación simbólica con el Arca de Alianza, de la que fue inspiradora. Esta última es, pues, una reproducción en pequeño de la primera, igualmente símbolo de alianza (o reciprocidad constructiva) entre el Hombre y Dios, que hizo posible la salvación del primero de los cataclismos naturales en que perecen los que no reconocen la Omnipotencia del Principio Divino que mora en ellos, estableciendo su alianza indispensable con ese Principio.

EL DÉCIMO ARCANO DEL TAROT

La rueda de la Fortuna, de la Vida o del Destino, que constituye el décimo arcano del Tarot, es un símbolo interesantísimo, como expresión alegórica de las potencialidades del número, Ley o Regla Soberana de la Vida y de la creación. Hay que acordarse a este propósito que 10 **-ni uno más ni uno menos-** son exactamente los sephiroth y los mandamientos.

Por estas razones el número 10 fue venerado en la antigüedad como divino o celestial, y el sistema decimal fue siempre conocido aunque, por considerarse sagrado, lo fuera sólo de los Iniciados. (Véase a este propósito lo que escribe H. P. Blavatsky en el volumen 1º de la Doctrina Secreta)



La rueda, que constituye la parte central de la figura, es un círculo que se mueve alrededor de su centro o eje, el ciclo de la manifestación, producido por la unidad central Inmanente y Eterna. El pie o sostén de la rueda es una expresión dual de la Unidad Central, que puede muy bien parangonarse a las dos columnas que sostienen el Templo del Universo. Esta dualidad se halla evidenciada por las dos serpientes que forman en el mismo un verdadero caduceo. En la figura que reproducimos, este pie flota apoyándose en una zátara sobre el mar de la Vida, o el Océano que constituye las aguas de la esencia primordial.



La rueda tiene 8 rayos, opuestos de dos en dos: esto quiere decir que se halla producida por la cruz de los elementos –el cuaternario de la realización- o por la irradiación centrípeta del eje. Sobre su circunferencia, o perímetro exterior, se apoya un ternario simbólico, constituido por Anubis -el Genio del Bien que asciende del lado derecho-, Tifón –el Genio del Mal que desciende del izquierdo- y la Esfinge, la Sabiduría Iniciática que se mantiene inmóvil en el centro en el más perfecto equilibrio, por encima de ambos.

La Esfinge, coronada por una corona de nueve puntas o por el símbolo del Azufre, tiene sus alas abiertas y desplegadas, indicando este particular que su apoyo se halla más bien en las regiones celestes; por esta razón se establece y se sienta en una posición de libertad y dominio, entre las dos opuestas fuerzas de la evolución, por encima de la ley alterna de los ciclos, llevando en la mano derecha la espada del discernimiento y poder.

Así debe establecerse el Iniciado, cuyo símbolo es el primer arcano, por encima de la Ley de los opuestos, sobre la tierra que le ha sido dada, en una

posición de dominio y equilibrio transmutador, avanzando el pie izquierdo en dirección al Oriente del Conocimiento, y manteniendo firme el derecho en el Occidente, sobre el terreno de la acción.

El ancho sombrero de esta figura iniciática tiene algo más que una simple analogía con el símbolo matemático del ∞ ; representa las infinitas posibilidades del círculo o cielo de la manifestación, en las que ha de centrarse la Inteligencia, para adquirir el poder de expresarlas exteriormente, y por lo tanto se relaciona íntimamente con las alas de la Esfinge que acabamos de ver.

La mano izquierda se eleva en un gesto que tiene analogía con el del Compañero, llevando la vara simbólica del Poder o conciencia de la Unidad, que debe convertirse en fulcro de la rueda de sus actividades.

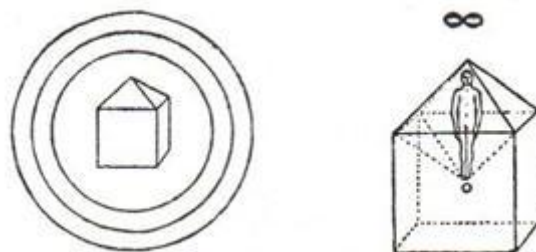
Y la derecha se extiende por encima de la mesa, sobre la cual se encuentran otros tres instrumentos mágicos, la copa del Saber o de la Comprensión, la espada del atrevimiento y el pantaclo del silencio.

Otros representan este mismo arcano con la vara en la mano derecha, expresando así la Voluntad, el querer, que hace efectivo el saber, por medio del atrevimiento y del silencio.

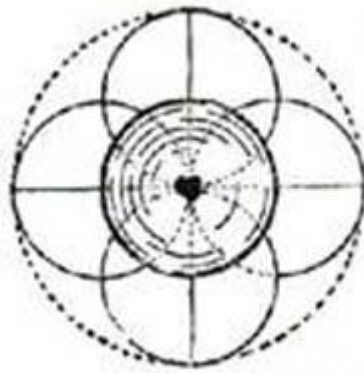
LA PIEDRA CÚBICA DE PUNTA, EL CÍRCULO Y LA ESFERA

Pertenece a este grado el símbolo de la piedra cúbica de punta como centro de un círculo o de una esfera, de los que debe hacer la cuadratura o cubatura. La piedra es, pues, el mismo masón que ha encontrado y levantado su propio centro ideal y espiritual, mientras el círculo representa la esfera de la actividad en la que se encuentra y actúa.

Volvemos así otra vez al punto de partida: al 0 o huevo primordial de la manifestación, que simboliza tanto el macrocosmos como el microcosmos y la unidad de ambos; pues en el fondo son idénticos en cuanto hay un solo centro y una sola manifestación y la ilusión de la separatividad cesa cuando uno alcanza la perfección del séptimo sentido de la Verdad.



Mientras el hombre ordinario es una unidad potencial todavía inconsciente de sus posibilidades y poderes latentes, el Iniciado que ha ingresado por sus propios esfuerzos en el Santuario del Ser -representado por el número 0 y al que se llega como consecuencia de un progreso o evolución en la serie numeral-



ha venido a ser una unidad activa y consciente, capaz de manifestar estos poderes, cuya efectividad tiene su raíz en la íntima realización de la conciencia. La piedra bruta o unidad amorfa se ha convertido en piedra cúbica, y ésta ha levantado su centro, que se ha transformado en el vértice al cual ascienden sus aspiraciones (los ángeles) y del cual descienden sus inspiraciones (los arcángeles), para realizarse tetragónicamente en la misma piedra cúbica de la personalidad regenerada, o de una actividad conforme con estos mismos principios.

Por lo tanto, la Piedra Cúbica viene a ser aquí la equivalencia de la Esfinge que toma su asiento sobre el vértice equilibrado de la Rueda de la Vida (círculo o esfera de la manifestación), o del Iniciado que levanta en la mano el Poder de la Unidad a la altura del círculo de su sombrero, para expresarlo con Juicio, Discernimiento, Rectitud y Firmeza en un cuaternario de realización (Copa-Bastón-Espada-Pantaclo, o sea, Saber-Querer-Atreverse-Callar) que corresponde con la cuadratura del círculo o esfera que lo rodea.

La comprensión del hecho de que nuestra piedra cúbica individual es centro de un círculo o esfera de pensamiento y expresión activa, del cual o de la cual debe hacer la cuadratura, manifestando el Orden del Plan Divino, en el caos de los errores, imperfecciones y fatalidades humanas, es efectivamente lo que hay de más esencial en este grado, digno complemento de los que lo preceden y preparación de los que lo siguen, y para acabar la obra que aquí únicamente se indica y puntualiza.

Es, pues, necesario que la Piedra Cúbica (cuyo Centro Elevado es el Santuario del Ser y el mismo corazón de Hiram), se transforme, por medio de la luz recibida y asimilada desde lo interior, en verdadera piedra filosofal. Y para esto se necesitan las sucesivas operaciones que conducen a la formación



de la mística rosa y a su realización en la Cruz de la Perfección, con el poder de regeneración de la sangre del Pelicano y su sublimación en el Águila Coronada.

Sin embargo, la base de todo es el principio de realización filosófica que aquí se indica: la Piedra Cúbica ha de ser centro efectivo del círculo o esfera de su existencia y actividad, dominándolo rectamente así como la Esfinge domina la rueda del destino, y efectuando la mística cuadratura que es la Cruz de la Regeneración y de la Perfección, sobre la cual el Águila o Esfinge Coronada extenderá sus alas. Y la cuadratura de la esfera conducirá a reconocer en su superficie cuatro círculos iguales que han de corresponder perfectamente con los cuatro brazos de la Cruz.

LAS LETRAS DEL ALFABETO

Cabe en este grado completar el estudio de las letras del alfabeto, que hemos empezado en los de Aprendiz y Compañero.



La letra M reproduce en su forma originaria las ondulaciones de las aguas, siendo este último exactamente el sentido del nombre hebraico de la letra mem. En ese sentido, y como decimotercera del alfabeto primitivo de 22 letras, se refiere al Misterio del Nacimiento (entendiendo las aguas como semen) y de la Muerte, y por ende a la regeneración, que es combinación y sublimación de aquéllos.

Esta letra –una de las tres letras madres del alfabeto hebreo- es la inicial de masón y maestro, de mysto y misterio, de mago, magnitud y muerte, así como de la Palabra Sagrada del tercer grado. Podemos ver en ella las dos columnas y el lazo que las une, cuyo levantamiento formará el arco real del Magisterio.

Su valor numérico 40 en hebraico y 1.000 en cifras romanas multiplica la década en el ciclo cuaresimal de todas las purificaciones, y la eleva a su triple o cúbica potencia.

La N es en hebraico nun, el “pez” o Vida, la eterna Afrodita nacida de las aguas madres, y tiene relación con el producto de la purificación: la Gnosis, conocimiento o Sabiduría que con ella se alcance (el dios caldeo Oán, considerado a semejanza de Thoat en Egipto como el Iniciador y la Fuente de toda Sabiduría, tiene precisamente cabeza de pez). Esta letra es la tercera y última consonante en el nombre de masón y en la Palabra Sagrada de Maestro; simbólicamente, en su forma grecolatina, tiene analogía con el aleph hebraico y nos muestra el ligamento que una las dos columnas, acentuando en ellas el carácter de fuerza respectivamente ascendente y descendente.

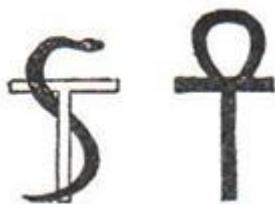
La forma fenicia de esta letra tiene analogía con el látigo o férula, y con emblemas análogos empleados simbólicamente, que podemos ver en la mano de figuras antiguas.



El O, cuyo correspondiente simbólico y ordinal es en hebraico ghain, aparece en un círculo que representa el huevo, el ojo y el sol. Por lo tanto, esta letra es muy importante para el maestro secreto y, con las dos precedentes, forma una especie de trinomio de magisterio, análogo al trinomio MBN de la palabra de Maestro y a MSN de la palabra masón. Ojo es también el sentido de la letra ghain, fonéticamente característica de los idiomas semitas, la decimosexta de aquél alfabeto, con valor numérico 70.

La forma latina de la letra P se acerca a la hebrea más bien que a la griega; esta última nos presenta la perfecta arquitectura de una puerta, con sus dos columnas y el arquivado, mientras la primera es un símbolo de preeminencia, elevando un semicírculo, a semejanza de banderilla, por encima de un asta o línea vertical. En el alfabeto hebraico es decimoséptima, con valor numérico 80 y su nombre pe o fe significa “boca”; en correlación con la precedente hace referencia al signo de silencio que acompaña la visión secreta de la verdad. La Q o qoph –decimonona letra hebrea, con valor numérico 100- nos presenta la forma característica de bonete distintivo de un alto oficio sacerdotal o regio; es, pues, como la precedente, un símbolo de preeminencia y elevación. En hebraico denomina la parte posterior de la cabeza, y en griego se encuentra como numeral, con el nombre copa y valor 90.

La forma griega de la letra R es idéntica a la P latina; la latina aparece como fusión de P y Q, es decir, una Q elevada. Su nombre hebraico resh significa “cabeza” (nótese la identidad fonética con resh o rish sánscrito “profeta, vidente”), siendo la vigésima letra con valor numérico 200. Las letras PQR constituyen un trinomio de nobleza y exaltación.



La S latina es una serpiente, cuya forma tiene analogía con la de la letra hebrea tsad, mientras la sigma griega, triforme, se relaciona igualmente con la primera y con shin y samek; esta última significa “sostén”, con valor numérico 60, mientras shin tiene el sentido de “diente” y vale numéricamente 300. La suma de las dos equivale, por consiguiente, a los 360° del círculo y a los días siderales del año solar.

La S y la T son dos símbolos que se complementan: este último es masónicamente la unión de la perpendicular con el nivel, e iniciáticamente la cruz o martillo de Thor (el dios Marte), reproducido por el malleto de las tres luces, emblema equivalente a la escuadra del Venerable de una Logia simbólica. La unión de las dos letras forma el símbolo significativo, que reproducimos: la fuerza serpentina que actúa sobre el tau individual, para después levantarse hasta la cumbre, formando así el otro emblema conocido con el nombre de cruz ansada o Llave de Isis. En hebraico tau significa “cruz”, terminando como vigésima segunda letra del alfabeto, con valor numérico 400. La U es letra moderna derivada de V, como la G de C, por la necesidad de distinguir entre los dos sonidos, adquiriendo una forma práctica idéntica a la “griega”: es una curva que desciende y sube –la humillación o descenso a los infiernos, preliminar necesario de la exaltación o sublimación. En lengua hebrea se identifica fonéticamente con la vau.

La V muestra el equilibrio de las dos fuerzas descendente y ascendente o tendencias centrípeta y centrífuga de la creación.

Como ángulo invertido es también el símbolo de la parábola, o sea, del arco involutivo-evolutivo que constituye la esencia de toda creación o manifestación: la involución de la Conciencia en la forma, y la consecuente evolución de ésta, bajo el estímulo de aquélla, para que así puedan manifestarse progresivamente las posibilidades inherentes en ambas, hasta que la Conciencia, dominando por completo la forma, la supera y se libra así de su necesidad. La letra W, de origen más reciente en los alfabetos modernos, reproduce, sin embargo, por su forma, la shin semítica y el sigma griego; también puede considerársela como una M invertida, y por ende la elevación equilibrada que se establece en la concurrencia de dos arcos involutivos. Es decir, algo análogo a la esfinge sentada en la tangente de la Rueda del Destino, que acabamos de estudiar. Con esta letra, por lo tanto, bien pudiera terminarse un alfabeto iniciático.

La X –análoga a las dos griegas χ y $\acute{\epsilon}$ –es una cruz que muestra la focalización de un centro elevado de las aspiraciones e inspiraciones del hombre: los ángeles y arcángeles que suben en la mística escalera. La importancia de esta letra se nos hará más evidente en grados superiores. Lo mismo hemos de decir de la Y, que muestra la expansión del yo individual en la conciencia cósmica y el árbol de la vida, mientras Z es el rayo o Poder del Fuego que une la tierra con el cielo y que todo Iniciado, nuevo Prometeo, debe lanzarse a conquistar.

EL DIEZMO

No podemos dejar el estudio iniciático del número 10 –de la triple tríada que resume y concentra los poderes desarrollados en su evolución, en la unidad originaria- sin tratar la bíblica obligación del diezmo, a la que se sujetó voluntariamente el mismo Abraham, con relación al Rey Iniciado Melquisedec.

Según relata el capítulo XIV del Génesis: “Salió el Rey de Sodoma a recibirlo (a Abraham) ... Entonces Melquisedec, rey de Salem –el cual era sacerdote del Dios alto- sacó pan y vino; y bendíjole, y dijo: Bendito sea Abraham del Dios alto, poseedor de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios alto, que entregó tus enemigos en tu mano. Y dióle (Abraham) los diezmos de todo”. (Esclarecen este punto del diezmo las palabras evangélicas (Mateo, VI, 20): “Más haceos tesoros en el Cielo ... porque donde estuviere vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón”; y el capítulo III de Malaquías: “Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi Casa (pueda ser alimentada la Causa de la Verdad), y probadme ahora en esto si no os abriré las ventanas del cielo (las inspiraciones que hacen prosperar toda actividad), y vaciaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde (no como premio, sino como efecto y consecuencia del reconocimiento efectivo del Principio Espiritual de toda prosperidad).

La obligación del diezmo, que constituía parte importante de la legislación judía, es la obligación universal que todos los Iniciados en la Verdad tienen de contribuir fielmente con una parte de sus ingresos –que no debe ser inferior al diezmo- en aquella forma libremente elegida que juzguen más oportuna y eficaz, para sostener la Causa de la Verdad y del Bien.

Debe ser este diezmo una libre oferta enteramente desinteresada que el Iniciado o Maestro Secreto hace directamente al G..A.., según la particular inspiración que recibe en el santuario de su íntima conciencia, dando constante y fielmente cuando menos la décima parte de todo lo que recibe o llega a poseer, como voluntario y gustoso tributo al Principio Invisible, que es Origen, Fuente, Manantial y Realidad de todo, para que su luz triunfe y se disipen las tinieblas de los errores. Haciéndolo así muestra y demuestra su íntimo reconocimiento espiritual superior a las consideraciones materiales, y su cualidad de iniciado, distinguiéndose de los profanos, que se hallan constantemente dominados por estas últimas.

Por consiguiente, el diezmo viene a ser un complemento práctico y necesario del principio positivo que brota del estudio del décimo mandamiento, o sea: considerar como Fuente, Manantial y Providencia espiritual de todo al Centro Interior y Divino de nuestra Vida, al Yod misterioso que se esconde en medio del Delta Central del Santuario de nuestro ser, descentrando la atención de las Fuentes materiales y considerándolas únicamente como cauces a través de los cuales el Principio Sustancial de todo puede manifestarse como providencia actual de lo que necesitamos materialmente.

Así únicamente puede el Maestro Secreto, en cualquier circunstancia, cesar de ser esclavo de las consideraciones materiales y realizar la Divina Libertad del Espíritu. El diezmo es manifestación paralela concomitante y

demostración del individual reconocimiento de este Principio, que lo hará prácticamente operativo en la vida; y una vez se realice constituirá el mejor y más deseable seguro, ayudando al establecimiento del orden divino en el caos del mundo, oscurecido por los errores y prejuicios profanos.

Pues no menor que la importancia individual y psicológica es el significado y valor social del reconocimiento de la Ley del Diezmo, cuya fiel aplicación únicamente puede sostener y llevar al triunfo las ideas y movimientos progresistas, que constituyen la sal de la tierra, sin la cual no hay esperanza de que puedan resolverse los problemas, temores y dificultades materiales que atormentan el mundo de hoy, y que precisamente tienen su raíz en la visión material de la existencia.

